

Brecha, 7 de febrero de 1986

Serrat en Montevideo

La imperfección también es una bandera

Jorge Lazaroff

Joan Manuel Serrat estuvo nuevamente entre nosotros, lista vez presentó un espectáculo dividido en dos partes: en una, sus canciones de todas las épocas, y en la otra el trabajo denominado "El sur también existe", una serie de poemas y canciones de Serrat y Mario Benedetti. Su repertorio fue muy similar al que escuchara el público uruguayo a fines de 1984, alternando temas de su primera época con obras más recientes. Ya en aquel momento, y desde otro semanario, yo opinaba que verlo a Serrat involucraba en realidad algo así como dos propuestas bastante diferentes que nacían del mismo sitio. Por un lado una faceta del fenómeno Serrat: el propio artista sobre el escenario, sobrio, contento, firme y cálido, con una cancha impresionante, con un poder de entrega y a la vez de atracción y seducción que brota naturalmente sin necesidad de forzar nada; también sus letras inteligentes, expresivas, ingeniosas y eficaces, con un dominio de estilas contundentes. Hay que incluir además su altísimo grado de profesionalismo que no permite ver dónde acaba el ensayo y dónde comienza lo aleatorio (si es que existe), y el hecho de que Serrat es un "cantorazo" con gran manejo de timbres, direccionalidad expresiva, dominio de los climas y de los lugares adonde lleva sus canciones, una gran intuición para "decir" las letras siempre atractivamente, y además esos resabios de músicas de otros sitios, de otros tiempos, que 'aparecen a cada instante (a pesar de que, justo es decirlo, las melodías son muy parecidas entre sí, a veces demasiado, y eso le facilita el trabajo).

Por otro lado (y agarrarse, que viene el lado "malo") están los arreglos, la concepción instrumental, la otra faz creativa del fenómeno; a mi manera de ver, el "lado oscuro de la luna". ¿Por qué digo esto? El concepto de los arreglos es de mamotreto, de "toco" instrumental, de pelota sonora, donde sólo sobresalen las mil y una notas que toca el pianista haciendo contrapuntos de todas las especies (incluso el "florido"); es una especie de "finalista" -hablando en términos de construcción— encargado de tapar y rellenar todos los posibles baches de silencio, tensión o movimiento que puedan surgir en las canciones. El material para este relleno proviene de artilugios y fórmulas de la música culta del pasado clásico, lo cual endulza la pelota sonora. La armonía también es clásica con ciertas incursiones por fórmulas neoclásicas y acordes alterados, lo cual endulza aún más la pelota sonora; tanto, que a uno le vienen ganas de comer una bola de fraile. La predominancia de ritmos lentos y regulares y la escasísima audibilidad de la guitarra eléctrica (que podría ofrecer una variedad estilística) sumadas al dulzor recién comentado hacen que el material orquestal suene indefectible e inexorablemente a música



DIBUJO DE NICOLAS VILARO

de cabaret, de boite. Aclaro que yo no tengo nada contra la música de boite, pero cuando casi todo suena así (salvo algunas excepciones), entonces musicalmente me voy adormeciendo.

Por eso digo que se perciben dos cosas contradictorias sobre el escenario: todo el movimiento y el estímulo altamente sensibilizador que provoca Serrat con sus letras, su canto, su comunicación, su amor y su actitud hacia el público (hizo como cinco besos) luchando contra el aburrimiento y el sopor progresivo que provoca todo el andamiaje musical. Esta contradicción lo transforma en una especie de gran equilibrista: visto desde algún ángulo, se notan características de un producto comercial y complaciente; visto desde otros ángulos aparece ¡a calidad interpretativa y el letrista que marcha hacia adelante con toda su alma y con una convicción nada complaciente. Su maestría es mantenerse siempre en el borde.

El asunto de "musicalizar poetas" tiene dos grandes antecedentes en la obra de Serrat: el disco de Machado (donde escogió poesía rayana en lo popular, con códigos y lenguajes comunes a las canciones populares, consiguiendo un trabajo esencial y comunicativo que se arraigó rápidamente en las gentes de habla hispana) y el disco de Miguel Hernández (con una poesía mucho más "cult" y una concepción musical más ambiciosa, con algunos arreglos un poquito soberbios y también, cómo no, con realizaciones geniales, de las más grandes del cantor). Hay pues un tratamiento y una intencionalidad distintas en cada caso, lo cual creo que es necesario y saludable por tratarse de diferentes

ideas poéticas. En este nuevo caso traba-jó sobre un poeta latinoamericano, y no solamente sobre sino CON el propio poeta, situación diferente de las otras dos. Sin embargo no percibí en el cantor una actitud nuevamente distinta, sino que la música de las canciones es bastante igualita a lo que ha venido haciendo toda su vida, sobre todo últimamente. Es decir que en lo que respecta al trabajo colectivo, veo en Benedetti un "ir" hacia y hasta Serrat mucho mayor que su viceversa. En la conferencia de prensa don Mario declaró que tuvo que arreglar y cambiar mucho sus poemas para adecuarlos a las músicas, al contexto. No me parece que haya existido la misma actitud de parte de Serrat y los arregladores. Con el presente trabajo volví a tener la impresión de "comodidad musical" que surge del trabajo de Serrat en los últimos años, concretamente después del disco "1978". Debo aclarar, sin embargo, que la canción de la "pareja formal" cuya forma e instrumentación se salen de los cánones de la mayoría de sus canciones, así como la forma obsesiva de musicalizar la "canción de la alegría" con el sentimiento de empecinamiento y coraje que causa la repetición poco frecuente de palabras, constituyen hermosas excepciones a la regla.

Sobre los textos no puedo (ni debo) dar más que un cúmulo de sensaciones puramente emocionales. Me pareció un trabajo muy profundo y cauteloso, donde juegan de una forma sutil y dramática los sentimientos de esperanza y desesperanza en el mundo entero. No se sabe cuál es el que el autor cree más posible, aunque se nota un aferrarse con todas las fuerzas a un hilito fino de luz, de fe. Hubo momentos de gran densidad, de honda atención y emoción provocadas por las letras y por esa enorme condición que tiene Serrat como intérprete.

¡Qué negocio más arduo todo este asunto de la esperanza! A mi manera de ver, los grandes cantores de los años 60 (que aparecieron al mismo tiempo en muy diferentes lugares del mundo occidental, tanto en el norte como en el sur) tienen como factor común el "canto a la esperanza". Desde los Beatles, pasando por Serrat y Chico Buarque -por nombrar algunos— la esperanza vista desde dis-, tintos puntos de vista, culturas y vivencias es algo tangible, agarrable, posible; si se quiere, hasta medianamente inmediata en su consagración. Y eso funcionaba así, realmente. Coincide con los acontecimientos sociales (en el sur y en el norte también, si se quiere), con la forma de interpretar la realidad y con

los grandes movimientos prometedores de anhelos que se produjeron en ese tiempo. En una palabra, canción = esperanza y psicosis colectiva = esperanza se juntaron como una sola cosa, produciendo una copulación que explotó fortísimo en todos lados. Quiero decir que si tal o cual cantor me cantaba cosas esperanzadoras y buenas yo le creía, le creía de verdad, artística y humanamente. Hoy la cosa ha cambiado bastante. El imperio y los dueños del poder han enloquecido del todo, han apretado las clavijas porque si no desafinábamos por todos lados, han aprendido de sus pequeñas (y grandes) derrotas. Y para una persona cualquiera, creer en la esperanza no es tan sencillo. O por lo menos no parece sencilla su cristalización, como ocurría en los 60. Esto lo saben, lo dicen y lo cantan Joan Manuel y el Mariolo de una forma muy lúcida y reflexiva, demostrando una juventud de pensamiento que no tienen muchísimos artistas de Hoy en día que ingenuamente siguen cantando (o contando) con moldes viejos a una esperanza en cuya concreción no creen. Con respecto al asunto-norte-sur, me pareció que el desarrollo de la obra fue más tibio de lo que podría haber sido.

Benedetti y Serrat dijeron que en algo les ganábamos los del sur a los del norte: en la capacidad de amar. Y es verdad. Aplaudo la frase. Creo que además les ganamos en otra cosa: en la capacidad de dar valor a lo imperfecto, de levantar a la imperfección como una bandera de humanidad, contraria a lo "norteñamente" exacto. Creo que también ganamos al considerar inconscientemente al equilibrio como algo desajustado y caliente, en continuo estado de cambio. En mi opinión, algo de estos conceptos faltó en el tratamiento formal que dieron a su trabajo Serrat y Benedetti.